

mosas las agarradas de la pareja, y alguna ha hecho reir grandemente á la corte.

»¿Por quién me pregunta usted? ¿por la jorobadita de ojos azules y nariz ganchuda? Claro que no es hermosa ni es joven; pero tiene un gran mérito: ser hermana de leche de S. M. Se llama Hortensia Cornu y fué ahijada de la reina Hortensia, quien prendada del clarísimo talento (porque le tiene) de la criatura, la educó admirablemente. Está casada con un pintor de los de punta, que gana mucho dinero con la protección de SS. MM.... Cuando Napoleón III no era más que el *dulce testarudito* que meditaba llegar al puesto de su tío, la Hortensia se burló de él llamándole iluso y visionario; pero no fué á Roma por la respuesta: primero oyó S. M. la rociada con toda calma; fingió no acordarse más de lo que le había dicho su compañera de expansiones, y la convidó á lo más oculto de un repuesto bosquecillo para leer ó meditar; una vez que la tuvo allí, la cogió por los brazos, torciéndoselos con tal furia, que la chica tuvo que pedir socorro á grito pelado. «No te soltaré, la dijo el mancebo echando chispas, si no te desdices de eso que has hablado...» ¿Qué tal? ¿Verdad que es curioso...?

»Saludemos al espejo de los marinos, gloria de los caballeros, admiración de los eruditos y envidia de los cortesanos... Observe usted qué bien se llevan ese brillante uniforme, ese semblante varonil y grave y esos laureles

ganados en las más altas ocasiones que ha visto la historia contemporánea. Con justicia disfruta de toda la consideración del Emperador el Almirante Jurien de la Gravière.

»Vea usted á tres generales ilustres: dos de ellos aspira al bastón de mariscal; pero si mi buen ojo no me engaña, ambos tendrán que pasar el Océano para encontrar el palillo ese; el otro que ya logró la satisfacción de ser nombrado por Barancourt en la crónica de las guerras de Italia, es todavía joven; pero no dudo que alcance fama igual á los mayores. Llámase Félix Douay, y sus compañeros, Bazaine y Forey, han ilustrado sus nombres en Africa y en Crimea...

»Permítame usted ponerme á los pies de aquella dama; es la esposa de Bazaine, y dicen si tiene ó no tiene que ver con algún oficial joven, dejando á la sombra á su valeroso marido.

»Viene allí la princesa Bauffremont, por su casa Valentina Chimay... ¿Dice usted que no es guapa? Claro que no lo puede ser nadie con esas facciones tan acentuadas, con ese andar tan poco airoso y con esos hombros desiguales; mas ¡qué encanto tiene su conversación, qué gracia su persona, qué modestia sus actitudes, qué arte posee para ganarse las gentes á su favor y qué garabato para atraerse las voluntades! El príncipe de Bauffremont es un buen hombre, aunque rudo y falto de cul-

tura; pero ya la señora princesa tiene quién le substituya: es aquel simpático jovenzuelo, de inmensos ojos negros; se llama el príncipe Jorge Bibesco, y es de origen valaco...

»En el hueco de aquella ventana veo á un muchacho de pelo blanquizo, delgaducho y desgarbado; de nombre le conoce usted, porque no hay escándalo parisiense en que no figure. Desciende de los férreos *stathouders* holandeses, de los temidos Oranges; pero el chico ha logrado hacer famoso otro nombre con que se le conoce en París: *le Prince Citron*... Hace pocas noches que S. A. el príncipe de Gales fué sorprendido en una aventurilla galante; como pudo, hizo que escapara la cómplice, y quedó él para sufrir las consecuencias; mas como resultara inconveniente que el nombre del heredero de una de las más grandes monarquías de Europa, se publicara en los diarios y se repitiera de boca en boca por la crónica, *le Prince Citron* prestó su mote popular para que figurara en el escándalo, llevándose así los honores sin disfrutar el provecho.

»He aquí á nuestro obispo Labastida, conversando con el señor general Almonte. ¿Qué dirían en México al saber que tan grave y santísimo prelado venía á estos salones á ver bailar mujeres bonitas? Se caerían muertos de espanto ó no darían crédito á lo que se les contara...» De repente alzó la voz: «He aquí á la fea-hermosa, á la

gentil, á la discretísima princesa de Metternich. Fíjese usted en sus tacones adornados con una multitud de piedras preciosas; repare en su peinado, lleno de plumas, flores y joyas; mire su escote exageradísimo, y por fin, note su atavío singular, todo del mejor gusto, y todo nuevo y desusado...»

¡Válame Dios, y cuántos más nombres dijo, y cuántos títulos mencionó y cuántas anécdotas, ficticias unas y verdaderas otras, trajo á cuento para darme á conocer su erudición en cosas del mundo! Así fueron pasando por su boca Ismail Bajá, el príncipe Demidoff, el príncipe Nariskine, Khailil Bey, el duque de Gramont Caderousse, Daniel Wilson, Lord Seymour, el marqués de Caux, el banquero Meris, y quién sabe cuantos más así de ilustres y conocidos!

A las doce en punto se retiraron SS. MM. y yo determiné salir poco después. No recuerdo cómo bajé la monumental escalera, no recuerdo cómo abandoné el salón y no recuerdo nada. Sólo guardo memoria de dos sensaciones; una de frío al ver á los lacayos que se entretenían bebiendo vino caliente al amor de la estufa, esperando salieran sus amos, y otra de desconsuelo al meterme dentro del cochecillo de *rémise* que había alquilado para ir á la fiesta...

Y esto es todo, pensé. Me ha acontecido algo semejante á lo que acaeció al palurdo del cuento oriental, á quien



hicieron creer por un rato que era sultán comendador de los creyentes, rey del mundo, para echarle luego al frío y á la nieve, á comer la bazofia que había devorado toda su vida. ¡ Qué desconsuelo!...

Al llegar á mi cuarto del hotel, que me pareció desnudo y frío como una cueva de salvajes, sentí que me perseguía aquella orquesta de violines húngaros dirigida por un mozo moreno, de barba y ojos negros; sentí que aquellas cien mil luces, colocadas en arañas enormes, me quemaban las celdillas del cerebro, andando de aquí para

allá; y sentí, en fin, rumor de voces, galanteos, melosidades, el ruido de los pies al deslizarse en la alfombra y algo como el murmullo de una colmena de efervescencia...

Me dormí, y á poco desperté asustada; me conturbaban dos visiones que en el primer momento no me habían llamado la atención: una era la del Emperador en un sillón, cerca de la Emperatriz y rodeado de la corte. S. M. parecía una gran ave acuática trepada sobre una rama, y cuando pasaba yo á su vera me miraba y se sonreía. En una ocasión le oí decir: *mexicaine*; en otra *Jecker*, y en otra, *belle mexicaine*. ¿Acaso S. M. se dignaría reparar en mí? ¿Acaso diría lo que yo me figuro y no cosa distinta, que yo arreglé á mi manera, porque las palabras como que se enredan y confunden entre los pelos del bigotazo del grande hombre?

Otra visión, pero esa me da miedo, es la de un hombre bajo y gordo que siempre que yo pasaba, me veía con dos ojos que parecían un par de carbones encendidos. Pregunté á Hidalgo por él, y me respondió:

— Es el famoso Monseñor Bauer, prelado doméstico de S. S. y obispo *in partibus* de Germanicópolis, Dioscópolis ó no sé qué *cópolis*. Le recomendó á la Emperatriz S. M. doña Isabel II y ha caído de pie en la corte. La predicación de la cuaresma en las Tullerías, el año próximo, no hay quien se la quite á ese santo Obispo... Viera usted qué unción, qué gravedad, qué inteligencia, qué energía

para el púlpito... Un varón justo, señora; un Crisóstomo, un Bossuet, un Massillon, con nada menos le comparo.

Sin embargo, cuando el prelado se acercó á nosotros, sonriente, dulce, llena la boca de frases ingeniosas y el cuerpo de inclinaciones cortesanias, perdí el miedo que le había tenido; pero me convencí también de que no era Monsignor Bauer el varón lleno del espíritu de Dios que me había pintado Pepe. Parecía un abate del siglo XVIII, uno de esos semiseglares, semieclesiásticos que se pasaban la vida diciendo piropos á las marquesas con lunares de tafetán en las mejillas; la sotana le venía tan estrecha que parecía iba á reventar con el impulso más leve; el solideo era pequeño y coquetón; las medias tenían calados muy finos y las chinelas llevaban una enorme hebilla de oro que se movía al compás del piececillo cuco y chiquitín.

El obispillo me llenó de piropos é insistió en que me parezco extraordinariamente á la Emperatriz. Sería una hipócrita si dijera que no me gusta oír cosas agradables; pero la verdad es que el sentir que me cumplimenta y agasaja un cura, me parece tan raro como si me hicieran el amor un toro ó un caballo...

Al día siguiente. Quien busque aquí orden y compostura, que no siga leyendo. Escribo nada más que para disciplinarme un poco y por ver si puedo entrar en caja,

pues mis nervios se hallan en una tensión tal, que se podría tocar en ellos el *Carnaval de Venecia*. ¡Dios mío! ¿será verdad que me ha tocado tamaña suerte? ¿Por qué este hombre, que tiene á su disposición á las mujeres más bellas de Francia, se ha fijado en mí, venida de climas tan distantes? Dicen que es tan voluble, que es tan variable, que no ha habido mujer ninguna que consiga fijarle, pues de todas se hastía y se desencanta á poco que ceden á su mandato. Quizá eso dependa de que no se ha encontrado con una mujer suficientemente hábil y hermosa que juegue con él al *desdén con el desdén* y que hoy concediendo, mañana negando, humanizándose en este momento y enfurruñándose al momento inmediato, le tenga constantemente cogido del ronzal...

¡Los hombres! Los hombres, dígame lo que se quiera, á pesar de toda su destreza, son unos niños, y éste debe de ser más niño que todos, supuesto que ha logrado cogerle y sujetarle su mujer, que en verdad no tiene la real cabeza rellena de fósforo...

Pero nadie me va á entender si continúo así. Voy á recoger velas y á poner un poco de orden en mi relación. Es, pues, de saberse que hoy por la mañana preguntó por mí con suma insistencia un caballero viejo, respetable y bien trajeado. Luego que pude recibirle le hicieron pasar á mi cuarto, y allí, después de muchos circunloquios, me dió un recado que llevaba: partici-

parme que una alta personalidad deseaba verme de ocultis en mi alojamiento.

— Debo advertir á usted, señora, dijo el simpático viejo, que se trata de un sujeto que por su elevadísima posición desea conservar el más riguroso incógnito, pues temería comprometer su nombre caso de que se supiera que visitaba á personas privadas en su habitación, sin que mediaran algunas formalidas enteramente precisas.

— Sin embargo, repliqué, no podría recibir á la persona que envía á usted, sin saber de quién se trata y qué es lo que desea.

— En cuanto á lo primero, contestó el otro, nada puedo decir á usted, pues me hicieron formal prohibición de que lo revelara; en cuanto á lo otro, me figuro que se tratará de obtener de usted algunas noticias acerca de esos negocios mexicanos que usted conoce tan bien.

— En ese caso estoy conforme y aguardo al misterioso personaje.

— Pero para que el misterio sea completo, exige el encubierto visitante que se le permita llegar á las diez de la noche y que estén apagadas todas las luces del cuarto.

— Así se hará, contesté sonriendo en señal de inteligencia.

El corazón quería escapárase del pecho cuando salió el viejo. ¿Quién era él? ¿Quién le mandaba? ¿Qué deseaban de mí uno y otro?

En cuanto al emisario no podía caberme duda ninguna: era el conde de B., agente secreto del Emperador y encargado de cuidar el *Parc-aux-cerfs* que tiene S. M. á la manera de Luis XV. Reconocí al conde por habérmelo mostrado Hidalgo la noche del gran baile, y sabía de sus funciones porque tenían casi el carácter de oficiales.

Es claro que quien deseaba verme no era otro que el Emperador, pues me consta el interés con que me miró y lo que dijo de mí. Eso nada tiene de raro, pues sabido es que S. M. gusta mucho de las extranjeras, y que no llega ninguna á su corte sin que él le arroje su real pañuelo en muestra de benevolencia. Pensar que quiera interrogarme sobre asuntos mexicanos, es pensar en lo excusado, pues sobran gentes que le den informes amplísimos sin ocurrir á mí; y luego, para tomar lenguas de lo que acontece en México no hay que pedir citas nocturnas en lugares recatados, pues bastaría hacerme llamar para que yo ocurriera sin demora al Palacio Imperial.

Se trata, pues, de una cita amorosa que Napoleón III me pide; pero ¿he de concederla? Mi condición de viuda que no debe á nadie cuenta de sus acciones, me permite meditar sobre el caso con absoluta independencia; la resolución que tome será tanto más libre y por consecuencia tanto más meritoria cuanto más se deba á mi sola deliberación...

Querer, lo que se llama querer de amor á alguien, nunca lo he tenido. Me casaron casi niña con un hombre sencillo, bondadoso, sin vuelos y sin arranques. Le estimé, tuve por él la buena voluntad y el afecto reposado y sincero que engendran el trato y la convivencia; pero cariño hondo, volcánico, de ese que hace el gasto en las novelas y dramas, hay que decirlo, no lo tuve nunca por el pobre Pedro, que de Dios haya; amén de que no era para inspirar un afecto á lo Isabel de Segura aquel muchacho candorosote, buenazo, sin un átomo de malicia en el corazón, ni un átomo de sal en la mollera: no cometo, pues, ninguna traición ni me expongo á que se me aparezca reclamándome su amor el pobrecito helvecio que nunca entendió una tilde de conflictos pasionales.

Mi familia podría ofenderse si supiera que era la concubina de un monarca; pero amén de que mi familia se ocupa tanto en mí como en la primer camisa que se puso el primer ascendiente nuestro, no creo que tuviera mucho que reclamar de lo que un puritano llamaría mi envilecimiento; y tal podría suceder, que andando el tiempo fuera yo el apoyo y el sostén de los mismos que me nieguen ó me denigren.

Y luego, que desde que veo de cerca á estos nobles de veras, siento que la nobleza mexicana cuenta muy poco en el registro de la nobleza auténtica; mas aunque así no sea, ¿acaso todas las favoritas que en el mundo han sido,

eran algunas infelices labradoras, que no tuvieran ni cara en que persignarse? Por el contrario, todas ó muchas de ellas han pertenecido á grandes familias que no han deslustrado sus cuarteles porque alguna mujer de entre ellas haya poseído más gracia ó habilidad que las otras.

Resulta, pues, que ni la memoria del muerto ni las vanidades de los vivos pueden ofenderse; queda sólo por arreglar la manera de que el Emperador no se aleje de mí como de tantas desgraciadas que le sirven de pasatiempo por un día y á veces por un momento. Para fijar á los hombres son necesarios un sabio ten con ten, y una noble esquividad que se compadezca con las prudentes concesiones: hay que ser discreta con el discreto, zafia con el ignorante, ardorosa con el brutal, mogigata con el devoto, miserable con el roñoso, pudibunda con el hipócrita, derrochadora con el manirroto y, en suma, fina en amores, corta en razonamientos, capaz de olvidar las ofensas, hábil para prevenirlas y tan dueña de sí que se pueda tener siempre libre el ánimo y desembarazada la voluntad.

Yo no daré por quito al Emperador al recibir la consabida cartera con diez mil francos; yo le exigiré que me ampare, que me ayude, que ponga á mi disposición su poder, como yo dejo mi honra á su albedrío. Mi herencia, mi gran herencia, que necesito ganar por todos los medios lícitos, debe venir muy pronto á mi poder, pues de otro